

SEPARATA DE
"ARCHIVO DE ARTE VALENCIANO"
1980

UNA SINGULAR VISITA A LAS OBRAS DE LA CATEDRAL DE VALENCIA

De las devociones que aun ahora nos consuela practicar, una, quizás la más emotiva y destacable, es la visita a la Catedral. Con ella, las del Cristo del Salvador, de la Virgen de los Desamparados, de la Casa Natalicia de San Vicente Ferrer, la de San Luis Bertrán...

Todo ello figuraba en la visita dominical de nuestra niñez...; pero preferimos situarnos ante el Santo Cáliz de la Cena y cómo, al llegarnos con nuestros padres ante la gran pila bautismal presidida por la gran tabla de los Macip, junto a la puerta principal, y cerca, muy cerca, del Miguelete, oírles decir: «Aquí te bautizamos»...

Habiendo nacido en la calle del Almudín, nuestra parroquia era la de San Pedro. No nos valió la cercanía a San Esteban. La calle de la Harina —frontera de demarcación parroquial— lo impidió. Y, ante la ambientación, creció y se formó nuestro modo de ser. Por ello, cuanto se refiera a la Catedral, de siempre nos atrae, nos emociona... Las obras de repristinación del cimborio, vistas y seguidas sin cesar, son admiradas por nosotros desde el primer instante. Aún creemos ver el gran artilugio de madera colocado allí, bajo esta inmensa lámpara diurna catedralicia, en los días de julio de 1936.

Ahora, indecisos, dudosos ante la reforma, por cuanto supone destrucción de la obra de nuestros antepasados —llámese prehistórico, ibérico, romano, paleocristiano, visigótico, árabe, cidiano, mudéjar, del Conquistador, gótico sobre todo, etc.—, estimamos el arte de paganos, cristianos, moros..., que, en principio, siempre debió respetarse.

Conservamos un relato de los años 1940. Más diluido es el recuerdo de la Catedral por los años 1925 - 1930.

En tantas conmemoraciones del Santoral —urbi et orbi— asistíamos a fiestas que se cuidaban y perpetuaban, reviviendo su antiguo y no muy lejano esplendor y aun a aquéllas, caso especial, sólo conocidas en el ámbito catedralicio..., las de San Jaime, Santo Tomás de Villanueva, San Luis, la Virgen del Puig, el Santo Cáliz, la Camisita del Niño Jesús, la amanecida de Pascua de Resurrección, la de la Virgen, titular, de la Asunción; pero mencionemos también aquéllas, muy íntimas, de la Candelaria, San Francisco de Borja y otras, en las capillitas situadas tanto en el crucero y la girola como en las, desaparecidas, de las naves laterales y a espaldas

de la central, ocupada entonces por el coro..., y aún la de la conmemoración de los fieles difuntos, tanto en las familias nobles, con su peculiar atuendo, cubriendo con crespones sus sepulturas, orladas de los escudos nobiliarios y sonrientes (¡¡) cráneos..., como en la común y popular plegaria. Todo un mundo, dentro de estos muros y naves catedralicios.

Nos atraía con insistencia una fácil ocasión de admirar muy de cerca el nuevo descubrir de los paramentos y cuanto afloraba tras picar el alabastro, albo o áureo, que cubría toda la fábrica pétreo, y, con ciertos y fundadísimos temores, iniciamos el intento, en pos del deseo acariciado.

Era, exactamente, el 27 de octubre del pasado año 1980.

Tiempo espléndido y soleado. Había que ascender por una escalera, similar a la de la torre mayor, adosada junto a la sacristía-vestuario de los Canónigos, y, ya en la terraza, pasar por el vano del ventanal del calado cimborio y descender, primero, 17 peldaños, de 15 por 40 cm. aproximadamente, de plancha, afirmados, sólo en su centro, por tubos metálicos, con ligeros y atornillados pasamanos o barandillas, que no obstruyen en lo más mínimo la amplia visión de vacío en torno y debajo de nosotros. Estábamos a unos veintidós metros sobre el piso del coro del Altar Mayor.

Venciendo el primer instante, aquel silencio y la visión impresionantísima, sujetándonos con ambas manos a la barandilla y cuidando de la mayor seguridad al colocar los pies, vamos oyendo emocionados el galopar del corazón, al llegar a la bifurcación del segundo tramo —dieciocho peldaños más— para entrar en el rotatorio andamiaje de tablonos situado a media altura entre los cuatro evangelistas.

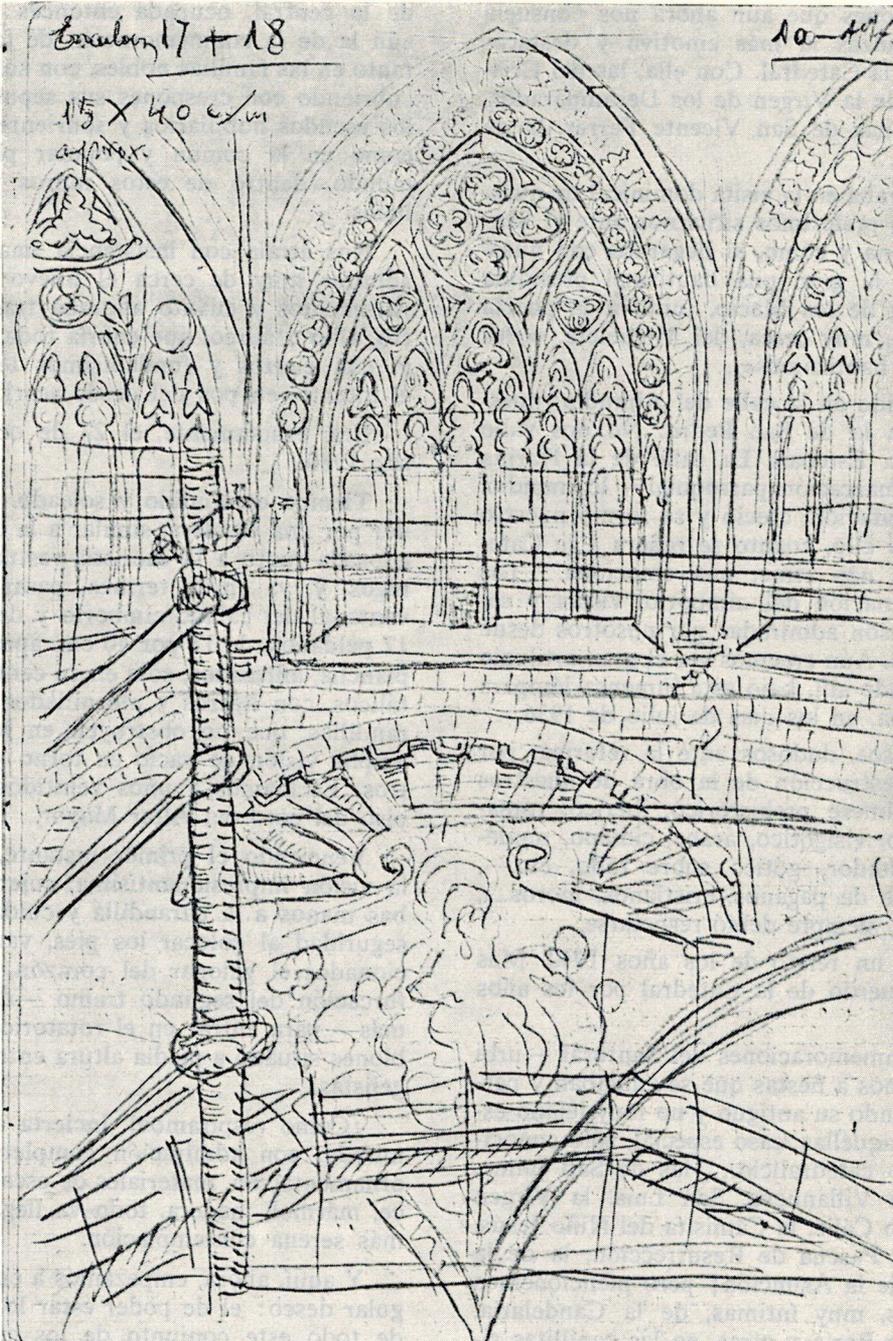
¡Cómo respiramos! Incierta aún la mente y la mirada, con admiración completísima de detalles, ornamentación, materiales de escayola, piedra, bronce, mármol, madera, todo va llegando a nuestra ya más serena contemplación.

Y aquí, ahora, empezamos a cumplir nuestro singular deseo: el de poder estar lo más cerca posible de todo este conjunto de los cuatro evangelistas, que protegidos por amplias pechinas, son sustento cuadrangular del cimborio.

Creo que a cuantos, inmersos en el arte escultórico, se les invitara a poder contemplar este conjunto desde allí, teniendo sólo como obstáculo un miedo infranqueable, harían todo lo posible para llegar a embelesarse ante la magnificencia y la suavidad de ejecución, los matices y la gradación de todo, imperceptibles desde abajo.

Es un acorde movimiento de túnicas y mantos arrojando a estos personajes de variada edad, interpretado según el material empleado.

Cuando, creyéndonos ya saturados, ahitos, de admirarlos, volvíamos hacia ellos nuestro rostro, otra vez quedábamos prendados del magno conjunto que se nos venía encima, estremeciéndonos.



Dibujo del interior del cimborio, por el autor, desde los andamios.

fuertemente atraídos por el cúmulo de nimios perfiles trazados con pericia, con maestría, sólo allí divisables.

¡Qué meticulosidad en escorzos, en actitudes! y cómo la dulce dureza de San Mateo se afana en «escribir» su Evangelio que, visto más de cerca y según reproduce el dibujo, como podrá leerse en el correspondiente grabado, da razón del tiempo (Papa Pío VI, rey Carlos III, Arzobispo F. y Fuero y fecha 2 de mayo de 1776) en que fueron modeladas estas colosales esculturas.

Insistimos en ver las fuertes y pilosas facciones del ya envejecido evangelista, bien resueltas con recia maestría, y, junto a él, las cándidas líneas y la sonrisa del ángel-mancebo que le sujeta el grueso tomo donde escribe con áurea pluma. ¡Qué compensación al ascender aquí para ver tanta belleza!

Largo espacio de tiempo estuvimos allí «dialogando» con la mirada y en expresiones que nos salieron del alma, captando, intentando aprehender tanta maestría escultórica.

Con tiento, apoyándonos en los espaciados tubos, barandillas circunvalentes, sobre los ya muy usados tabloneros que componen el andamiaje, procuramos situarnos junto —muy cerca— para admirar, volviendo a contemplar la juvenil y digna imagen de San Juan Evangelista. Después, tantas veces como nos adentramos en la Catedral, siguiendo la marcha de las reformas y la reinstalación, nos envuelve la nostalgia de no poder volver a situarnos cerca de estas figuras, algo ilusionados y un mucho gozo-

En 2 Pontific
de Maxo VI is
del Re de Espa
1776 Carlos III
Arzob' de V
Suexo

Inscripción con fecha y datos de personajes reinantes, en el libro de San Mateo Evangelista, del cimborio. Dibujo in situ del autor.



Dibujo de San Juan Evangelista, en rincón del cimborio, por el autor.

sos, por haber convivido con ellas, viendo y acariciando filacterías, pliegues, pies, tintero que porta el águila y la tabla dorada, donde, en tonos ocres, vemos la imagen de la Santísima Virgen María junto a San Lucas, sujetando esta pintura un ángel.

Es una experiencia única, alucinante; que luego, ahora, valorando desde tierra el espacio y las dimensiones, la proporción y las características de todo el conjunto —de los cuatro conjuntos—, hace perdonar no se haya respetado toda la pétreo fábr-

ca de esta obra catedralicia, con ménsulas y bastantes basamentos sacrificados, destruidos, para dar paso y consistencia a estas alabastrinas tallas, de una belleza distinta y, como la primitiva, respetable.

Lástima que un sentido más comprensivo no hubiera deteriorado tanta belleza, tanto arte de aquellos «pedrapiquers», ejemplo de laboriosidad, aunque dando paso y ocasión a estas maravillas barrocas.

Aunque en algunos espacios se completa, se reconstruye lo inexistente, basándose en lo poco conservado, la total repristinación hubiese sido el rehacer con fidelidad y total eficacia cuanto aparece mutilado.

Este laborar presente será en su tiempo juzgado de incompleto al no solucionar, de una vez y para siempre, entre nosotros los valencianos, la conservación meticulosa de todo lo que nos legaron nuestros mayores, y, si posible fuera, crear una agrupación, tanto de decididos técnicos con años y espíritu, como de jóvenes fogosos, guiados éstos por la experiencia de aquéllos, dispuestos unos y otros en todo momento a no dejar deteriorar este patrimonio artístico-histórico valentino.

Ya en la tranquilidad del hogar, repasando los apuntes realizados, calibramos la majestuosidad de estas piezas escultóricas, que, cual el paramento, el bocaporte del Altar Mayor y otros detalles, son indispensables en tal lugar y como obra que, dentro de otro estilo, conjuga, delimitándolo, el paso de tal a cual tiempo.

Son obras maestras, en su tamaño y factura, dignas de ser minuciosamente estudiadas, resaltando el maduro laborar de sus autores y su grandiosidad, perceptible a cuantos, creyentes o simplemente visitantes, quedan estupefactos cuando admiran u oyen detalles de estas maravillas.

Y allí, junto al «Nombre de María» alegórico, clave en el centro del arco que envuelve el Altar Mayor, rezamos en ese mediodía el Angelus, ascendiendo ya, para volver a apearnos, en tan comprometido espacio, y de nuevo concienciarnos, en una última mirada, de las características y dimensiones de cuanto acabamos de admirar.

FRANCISCO J. LLOP LLUCH

Dibujo de San Juan Evangelista, en rincón del cimborio por el autor.

Es una experiencia única, iluminante, que luego, ahora, valorando desde tierra el espacio y las dimensiones, la proporción y las características de todo el conjunto — de los cuatro conjuntos — hace perdonar no se haya respetado toda la piedra labrada por haber convivido con ellas viendo y acur-

Dibujo in situ del autor. Descripción con fecha y datos de personajes reinantes en el libro de San Mateo Evangelista, del cimborio.